

# Nuestro calendario escolar

(En el marco de los 25 años del colegio “El Madero”)

*Jordán Abud*

*“Sólo la cotidianidad valorizada, rehabilitada, es decir, respaldada por la eternidad, es habitable. Lo eterno da el sentido, la hondura y la resonancia a lo temporal”.*  
- Emilio Komar

Es preciso aprovechar el tiempo, esto es, vivir intensamente cada minuto de gracia. Porque mientras estemos vivos sigue en el aire la moneda de nuestro destino definitivo y eterno, lo cual debería darle una especial gravedad a la organización de nuestra agenda. Sin embargo, hay algo peor que un buen día descubrir al tiempo escurrirse entre las manos, hay algo más dramático que saber que nos queda poco o que no tenemos los medios materiales (o tal vez ni siquiera la edad o el vigor) para hacer lo que quisiéramos. Eso peor es tenerlo, es disponer del tiempo, los medios y la salud... y no saber qué hacer con ello; es tener a nuestra merced el dinero y la palabra, la organización y los recursos, pero no gastarlos limpia y total, íntegra y santamente al servicio de la Causa.

Tracemos un paralelismo escolar: hemos oído aludir a la riqueza de la “pedagogía del picaporte”, a su sentido hondamente cristiano e irrenunciablemente personal, incluso a su necesidad en medio de un totalitarismo laicista obsesionado con alejar las cruces y la fe de cualquier pupitre. Ahora bien, habría un escenario peor que el totalitarismo estatal por el cual los gerentes ideológicos de turno imponen textos y prioridades, programas y metodología. Eso peor es que finalmente el mentado picaporte haga lo suyo, y lleguen por fin las anheladas condiciones para estar cara a cara, corazón a corazón con el alma del niño. Y una vez allí, no saber qué enseñar, ni qué decir; contar con la pizarra y el tiempo y no haber previsto antes cuál es el tesoro que queremos legar. Allí no será entonces la presión nefasta de un sistema que conspira contra el último fin del hombre, sino la revolución cultural quien haya hecho lo suyo.

Pues bien, una forma de evitar esta trágica encrucijada es levantar la cabeza y preguntarnos, en medio de las urgencias, cuál es el sentido último del calendario, el cual se aplica de modo especial en la vida escolar. La escuela debe ser un ámbito particularmente propicio para que el paso del tiempo quede, cada tanto, transfigurado ante el brillo incandescente de la Verdad, el Bien y la Belleza. Algo de eso tiene el verdadero sentido de la fiesta, y mucho de eso debe hacer de espíritu vivificador en la planificación y en la ejecución de los actos escolares.

Uno demuestra lo que ama en lo que celebra, por eso un test infalible de los pueblos es ver qué festejan, qué los exalta, que los moviliza. Y acá no caben ingenuidades culpables.

Sabiendo que así como en lo eclesiológico deberemos sobreponernos al progresismo seudocatólico con sus fechas propias, en el patriotismo es preciso estar advertidos ante el riesgo de anécdotas mendaces y fechas cambiadas, ya que “prácticamente desde 1853 en adelante, y salvo honrosas

excepciones, no públicas, nuestra efemeridiología oficial oscila inevitablemente entre el relato liberal clásico o el repugnante marxistoide de los últimos tiempos”<sup>1</sup>

Pues bien, aunque parezca obvio o sujeto a meras leyes de envión cronológico, también es preciso aprender a festejar. Es decir, la tarea educativa no se circunscribe a la lectoescritura ni se agota en hábitos disciplinarios, por más oportunos y convenientes que estos sean. Es preciso embarcarse en lo más propio de la fisonomía espiritual del educando que es su temple y actitud frente a todo cuanto existe. Y allí la fiesta informa y vivifica.

Una efeméride<sup>2</sup> institucional que no hunda sus raíces en el “para qué” último, esto es, en el sentido de su ejecución, se expone gravemente a convertirse en un mero cumplimiento de tareas asignadas sobre las cuales es menester informar en la planilla correspondiente con una tilde, y enviar un puñado de fotos para el boletín, seguido de algún comentario de circunstancia. Eso y nada más. O peor aún, se arriesga convertir lo celebrado en un foco de atracción con notas caricaturescas porque, como sabemos, lo solemne suele estar peligrosamente cercano a lo ridículo.

Y valga aquí una aclaración: vinculamos especialmente el calendario a la festividad religiosa, pero necesaria y legítimamente incluimos aquí lo patriótico y todos los bienes en general, a condición de que sea con sentido completo, es decir, religioso.

Para ello es preciso volver a la noción fundante de fiesta. Incluyamos la pertinencia en lo “festivo” de lo que se rememora y celebra, aunque sea un mal (como la muerte), por el cual nos llega un bien (como es la bienaventuranza eterna). Celebrar es gozarse en lo real. La escuela debe colaborar primero en descubrir eso real, y enseñar a celebrarlo comunitariamente (eso constituye la verdadera comunión o el sentido último de la “común unidad”, que se consolida en los lazos espirituales y no por compartir una misma sala de reunión o un grupo de whatsapp).

El ocio es detener el trajín para demorarse en la visión gozosa del orden y el sentido de todo. Pero este detenerse exige condiciones que, más allá de las materiales y logísticas, suponen una predisposición interior para que lo esencial en la tarea educativa no se nos escurra entre los dedos.

## **La temporalidad y lo eterno**

Si la actividad escolar pretende conservar algo de su esencia y su mística fundacional -esto es, el ocio como ruptura con el mundo utilitario del trabajo-, deberá véselas con el sentido del tiempo. Porque no es posible darle al alma su anhelo de contemplación sin que el tiempo se vea afectado.

Dos opciones, pues, categóricamente incompatibles. O la escuela empapa de un sabor eterno su calendario, creativo y nostálgico a la vez. O sucumbe a la precipitación maníaca y a la fiebre burocrática que, ciertamente, es el plan premeditado y sistemático del ministerio de educación en

<sup>1</sup> Caponetto Antonio, *Educadores católicos III. Principios y modelos para una pedagogía cristiana*. Bella Vista Ediciones, Bellavista, 2018, p. 65

<sup>2</sup> No se nos escapa que el término efeméride, o más precisamente encuentra su raíz en un término griego que significaba “diario” o “libro de hechos diarios” (ephemeris). remite a efímero. Por tanto debemos salvar allí la aparente contradicción. De eso se trata, de encontrar en el devenir inapelable el ancla sempiterna del espíritu.

todos sus niveles. Decía Komar que “si lo temporal no arraiga en lo eterno, la única salida es la fuga hacia adelante”<sup>3</sup>.

Los lineamientos oficiales en materia educativa suelen ser esa fuga hacia adelante de quien corre veloz pero desorientado. Con alguna certeza en los medios y casi ninguna en los fines.

Ahora bien, el tiempo no es ni lo anquilosado ni un vacío devenir de secuencias que se va llenando como se puede. El calendario escolar no puede tener “olor a humedad”, porque el alma quedaría expuesta a algún daño. La fiesta es presente, no pasado; es fuego, no ceniza. Repetición no es rutina, el tema es como salvarse de la trituradora del acostumbramiento aún sometidos a la ineludible ley del desgaste.

La pregunta en la que se juega nada menos que la vitalidad del alma -en el ámbito personal, el familiar, el escolar- es cómo hacer siempre lo mismo, con una regularidad cíclica inapelable, pero con la frescura de la primera vez y la gravedad del último día. ¿Cómo hacemos para celebrar la Navidad con la inocencia y gratitud de los niños y -a la vez- como si tuviéramos la certeza de que será la última de nuestra vida -porque los cansancios y las arrugas certifican nuestra adultez?- ¿Y cómo hacemos para enfrentar el mismo dilema en cada homenaje, en cada gesto, en cada clase? De ese combate y ante la disyuntiva sólo saldrá un triunfador: el hábito o la rutina, la virtud o el acostumbramiento mecánico, el acto escolar como un paso más en la secuencia de la agenda diaria o un campanazo al alma para recordarnos por un instante de la marcha el para qué vivimos.

El hábito es esa forma dignamente humana de enfrentar el tiempo, mientras que la repetición rutinaria es rendirse al desgaste del “otra vez”. Y vaya si esto no se refleja en el modo como se vive el calendario escolar.

Tal vez nos ayude reconocer que “la repetición como reconocimiento es por tanto una forma de cierre. Pasado y futuro se fusionan en un presente vivo. En cuanto forma de cierre, la repetición genera duración e intensidad. Se encarga de que el tiempo se demore”<sup>4</sup>.

Cada repetición no debiera significar un deterioro ni una mengua en lo celebrado, sino una profundización en el sentido y una radicalización de su valor.

Esto es lo primero que debemos transmitir a nuestros alumnos: lo que celebramos no se mide según el chronos, sino según el kairós; no es una categoría física y social, sino metafísica y religiosa lo que da el último sentido a lo que celebramos. El calendario escolar afecta mi vida, mi esencia, mis fundamentos, y mi destino. Y no es mirando el reloj ni el almanaque que se calibra su gravedad, sino levantando los ojos al cielo y meditando en mi propio destino de eternidad.

Ojalá toda la comunidad educativa lo entienda y lo viva así. Justamente por este carácter presente y vigente de lo celebrado es que el maestro alemán recordaba que “lo pasado, en sentido estricto, no puede conmemorarse festivamente a no ser que la vida de la comunidad celebrante reciba de ello brillo y realce, no en virtud de una mera reflexión histórica, sino por ser una realidad históricamente activa. Si no se entiende la Encarnación de Dios como un acontecimiento que afecta de manera inmediata a la actual existencia de los hombres, es imposible y aún absurdo celebrar festivamente la Navidad”<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Komar Emilio, *El tiempo y la eternidad*. Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2003, p. 399

<sup>4</sup> Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales*, Herder, Madrid, 2023, p. 20

<sup>5</sup> Pieper Josef, *Una teoría de la fiesta*. Rialp, Madrid, 1974, p. 34

## Repetido y siempre nuevo

Hemos dicho que celebrar como se debe el calendario ha de ser el modo como levantamos la cabeza para contemplar la creación y al Creador, para desde allí encontrar nuestro lugar justo en la sinfonía de todo cuanto existe. El hombre moderno no concibe un festejo que no pase por gozarse en sí mismo como principio y fin de la celebración. Pero el sentido cristiano del calendario nos pide justamente descentrarnos, anteponer al yo la historia creadora y salvífica en la que ese yo (que se resiste a descentrarse) ya está inmerso.

A tal punto parece no ser lo central el objeto de lo celebrado sino el impacto que genera al yo, que el examen de aptitud moral en la modernidad (o como se llame este tiempo que transcurrimos) no suele ser la bondad o virtud perfectiva del bien sino la capacidad de divertir. No es la realidad en sí la que preocupa sino en qué me beneficia a efectos dispersivos. El mundo quiere agregar a los trascendentales verdadero, bello y bueno...el de divertido, porque tal noción por momentos atrae más que las otras tres notas juntas.

Cuando festejamos legítimos y loables logros tanto personales como institucionales, también allí se impone una consideración que purifique nuestro corazón y rectifique las intenciones. No es tanto lo que nosotros hemos hecho, es lo que Dios ha realizado con y en nosotros lo que nos llena de gozo y sano orgullo. Al fin y al cabo somos instrumentos y siervos del plan divino, y en eso radica nuestra gloria (Lucas, 17, 10).

Quisiéramos que la obsesión adolescente por la “selfie” fuera sólo un modo accidental de utilización tecnológica, pero mucho nos tememos que lo que existe en el fondo es una incapacidad para ver lo que está ante los ojos, como contrapartida, una inclinación permanente a buscar el espejo para retratar a toda hora y en todo lugar mi pelo, mi rostro, mis emociones, mi situación...

Sin embargo, lo grave no es tanto que este rasgo sea una caracterización evolutiva de la adolescencia, sino que conforme el sello espiritual de una época o la médula de la planificación educativa. Una simple expresión tal como “desarrollo personal” puede contener implícitos significados radicalmente distintos e inconciliables, jugándose en ellos nada menos que el sentido último de la tarea educativa: el hombre como razón y medida de todo cuanto existe o como coronación de la creación visible pero parte de una sinfonía creatural superior que tiene por Juez y Señor a Dios Uno y Trino.

Cuando entendamos que no se trata tanto de meter el misterio en nuestra cabeza sino nuestra cabeza en el misterio, habremos dado con una de las principales claves educativas. Del mismo modo, no se trata tanto de mis tiempos y mis prioridades, sino del plan de Dios y de todas aquellas celebraciones que hacen a la historia de la salvación.

Por ello es tan profundo y cierto aquello de Joseph Ratzinger que “el hombre necesita un ritmo, y es el año el que se lo da: y ello ya desde la creación, y, posteriormente, por medio de la historia que la fe presenta en el transcurso del año. ‘Todo tiene su momento y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado...tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar’ (Eclesiastés 3,1 y ss). Según eso, ahora estamos interesados en el año eclesiástico, que permite al hombre medir la historia entera de la salvación con el ritmo de la creación, ordenando y limpiando de ese modo la multiplicidad caótica de nuestro ser”<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Joseph Ratzinger, Cooperadores de la verdad. Rialp, Madrid, 1991, p. 22-23

Nuestra vida entera, si queremos vivirla dignamente, debe estar sumergida en este ritmo amoroso, con resonancias eternas. Cada día y cada año bien vivido, han de recrear en el alma el drama del final abierto, que tiene en eje un Dios que me creó, me redimió y me juzgará al fin de los tiempos. Y en ese lapso -lo que dure mi vida- aguarda una respuesta de amor.

Claro que la vida tiene un ritmo, por supuesto que hay una simultánea recurrencia de celebraciones que avanza a la par con un inapelable paso del tiempo por el cual envejecemos y morimos. Por eso es que la repetición no puede ser monotonía, sino tensión creciente del drama vital y profundización permanente de lo Único importante.

La rutina mata la vida del alma, también en el aula. De gran valor pedagógico resulta que el ritmo de las instituciones educativas se haga eco de ese drama vital, hecho de memoria y esperanza, de fidelidad y de promesa. Es preciso no olvidar lo que Dios ha hecho por nosotros, he aquí el fundamento último del calendario escolar. 'Grandes cosas ha hecho Dios por nosotros' y se nos debe ir la vida en cantarlo. Si así lo hacemos estará justificada nuestra vida. Las escuelas católicas deben ser una poesía vivida y un salmo permanente que recite a diario: "Que todas tus obras te den gracias, Señor, y tus fieles te bendigan; que anuncien la gloria de tu reino y proclamen tu poder" (Salmo 144). Bellamente dice Von Hildebrand que "cada época litúrgica pone de relieve un suceso distinto de la historia de la redención del hombre y, por esta razón, en cada época litúrgica se pone de manifiesto un aspecto diverso del misterio de la Encarnación y de nuestra redención. Este ritmo alternado de la liturgia se debe al hecho de que la liturgia conmemora y representa la historia de la salvación tal como se ha desarrollado en el tiempo. Pero la alternancia en los diversos aspectos de la única e idéntica realidad divina la impone también la naturaleza del hombre *in statu viae*. No es posible para el hombre en esta vida terrena comprender de una vez y con plenitud todo el conjunto de la verdad revelada ni dar una respuesta total a sus múltiples aspectos. Esto sólo será posible en la eternidad"<sup>7</sup>.

Ahora bien, mal lo entenderíamos si este sentido religioso y sobrenatural fuera una invitación a barnizar exteriormente con frases filosóficas lo cotidiano y repetido. El calendario no es un escapismo de lo diario sino una inmersión más profunda en cada día. Así lo entendió siempre la vida monástica, en su espíritu fundacional: "Este ejercicio práctico, fundado muy esencialmente sobre el trabajo doméstico, queda transfigurado por la luz de Dios y de su Palabra que anima, como una música interior, la vida del monje; están los tiempos de estudio de las cosas divinas, la lectura durante las comidas; más aún está el recitado del Oficio Divino que marca los tiempos de toda la jornada y anima desde el interior todas las actividades (...) De este modo del simple trabajo doméstico de cada día y del espíritu divino que lo vivifica nacen las grandes ideas, los grandes proyectos para la salvación del mundo, a realizar sin sustraerse jamás al sacrificio cotidiano de la vida fraterna en comunidad: nada que ver con la cultura abstracta, lejana de la vida del alma"<sup>8</sup>. ¿Estamos diciendo acaso que debemos aspirar -en algún sentido- a que nuestros alumnos sean monjes? Sí, mitad monjes, mitad soldados. En el sentido y en la impronta, en los anhelos y en la disposición; oración y combate, plegaria y contienda, más allá de los edificios conventuales y los regimientos. Qué reconfortante sería verlo alguna vez plasmado en las normativas de educación. Pero no parece tan cercano...

Estas líneas tienen por primer destinatario al docente, que atosigado permanentemente por exigencias y plazos administrativos debe -además- intercalar en su agenda los actos y celebraciones

<sup>7</sup> von Hildebrand Dietrich, *El Corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*. Ediciones Palabra, Madrid, 1997, p. 15

<sup>8</sup> San Benito y la vida familiar. Una lectura original de la regla benedictina. Por Dom Mássimo Laponni O.S.B, Athanasius Editor, 2018, Córdoba, p. 36-37

que por ventura le corresponden en el presente ciclo. En atención a ellos es que queremos ser enfáticos: el sentido último (la causa final, dirían los filósofos) de lo celebrado es lo más importante de lo que se organiza. No se trata, pues, de “buscarle la quinta pata al gato” ni de complicaciones innecesarias. Se trata del valor propio del festejo y de la garantía del sabor y perennidad de lo que celebramos. Dios nos libre de conmemoraciones vacías, inmanentes o rutinarias.

Seamos claros: lo litúrgico no es escapismo sino el modo más realista de peregrinar en el tiempo. Y -aunque hemos tomado esta hermosa consigna monástica que citamos- no hace falta, como dijimos, ser monje ni ermitaño para encontrar en lo cotidiano y hogareño el soplo eterno que sugiere y promete una realidad permanente y perfecta.

Inmersos en un mundo febrilmente activo, incapaz del reposo y de la mirada contemplativa, nos encontraremos con una fuerza aplastante que tenderá a hundir el calendario en la rutina o en lo innecesario. Cuando es exactamente al revés, nuestro calendario escolar debería ser un sostenido y palpitante recordatorio de lo esencial.

Cuando celebremos pidamos a Dios que el claustro y el salón de actos siempre sean un sitial preferencial de la palabra fundante y no del ruido atontador, del gesto litúrgico y no de la repetición paródica, del silencio elocuente y no del mutismo inerte.

### **El calendario escolar es religioso, o no es nada**

*Aquietaos y reconoced que yo soy Dios. (Sal. 45,11)*

El calendario salva de la rutina. No decimos “salva de la repetición”, sino de la rutina, que sería como un sucederse desalmado de las cosas, una precipitación mecánica del chronos ligado a la ley inevitable del desgaste y la secuencia. Y es la rutina la que desemboca en un desprecio del kairós que tiene su pulso propio, afín al espíritu y ajeno al sucederse matemático del reloj.

El calendario escolar debe dar vida, creatividad y fuego al carácter cíclico y repetitivo de lo celebrado. Resultaría cómico -si no lo padeciéramos en nuestras escuelas- la solemnidad con que se utiliza el término “evento” como dando un toque de fineza y de previsión a la organización. Nada más lejos que lo “eventual” al hablar del calendario. Hace bien el coreano en recordar que “la palabra ‘evento’ viene del latín *eventus*, que significa ‘sobrevenir repentinamente’”. Su temporalidad es la eventualidad. Es azarosa, arbitraria y no vinculante. Pero los rituales y las fiestas son cualquier cosa menos eventuales y no vinculantes<sup>9</sup>. El calendario escolar debe ser la forma pensada y prevista para radicalizar el sentido de nuestra vida. Si algo no puede ser una fiesta celebrada es eventual. Por eso recuerda el autor de *El Principito* que “los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio. Pues bueno es que el tiempo que transcurre no nos dé la sensación de gastarnos y perdernos, como al puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así voy de fiesta en fiesta, y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como cuando iba de niño de la sala del consejo a la sala del reposo en el anchura del palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido”<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales*, Herder, Madrid, 2023, p. 60

<sup>10</sup> A. de Saint Exupery, Ciudadela, Madrid, Alba, 2017

Como educadores, es preciso convencernos que la fuerza para organizar una y otra vez las fechas y memorias que el almanaque supone, no brotará nunca de meras estrategias o de alternancia de colores en las marcas de la agenda. El vigor infatigable está en la raíz nutritiva de lo festejado y su sentido perfectivo. Por ello, la improvisación en estas cosas no tiene una gravedad primaria de orden administrativo ni es el posible bajo puntaje en la evaluación anual lo que debe inquietarnos; lo funesto en la improvisación o la ligereza ante el calendario es que el educando recibe la chatarra de las ideologías cuando aguarda el pan nutritivo de la palabra.

Ahora bien, ¿cuál es la clave para que este antídoto contra lo rutinario sea tan sólido y genuino que rescate, con naturalidad y fuerza a la vez, del riesgo de la abolición del hombre? Pues volviendo al sentido litúrgico y cultural de lo festivo. Está bien -y especialmente en el ámbito escolar- plantarse contra el sentido adaptacionista y utilitario de la vida humana en general e intelectual en particular. Pero ese plantarse no puede tener un deletéreo sentido cósmico ni una religiosidad abstracta. Expliquémonos: no hay dudas de que hemos legado de la filosofía griega las raíces para comprender la dignidad del ocio. Así, recordaba Platón que “los dioses, compadeciéndose del género humano nacido para el trabajo, han establecido para los hombres festivales divinos periódicos para alivio de sus fatigas, y les han dado como compañeros en esas fiestas a las Musas y a Apolo, que las preside, y a Dionisos para que, nutriéndose del trato festivo con los dioses, mantengan la rectitud y sean equitativos”. Y también es cierto que hasta alguien que no abreva en las fuentes occidentales y cristianas hace esta legítima distinción: “El trabajo, que pertenece a la esfera de lo profano, individualiza y aísla a los hombres, mientras que la fiesta los congrega y los une. Lo cíclico de la fiesta viene de que los hombres sienten periódicamente la necesidad de congregarse, ya que su esencia es la colectividad”<sup>11</sup>.

Está muy bien, insistimos, que de la mano de la mejor tradición griega salvaguardemos el ocio como ámbito de lo inútil para preservarlo del mundo totalitario del trabajo que fagocita todo a su paso. Pero nosotros tenemos la gracia de la fe y hemos sido comprados con la sangre redentora de Cristo. Y con razón protestaba Newman cuando decía que “en cuanto a un ritual acertadamente arreglado, demasiados de nosotros hemos aprendido a desdeñarlo y considerarlo una formalidad. Así, el mundo ha invadido la Iglesia; el flaco se ha devorado al gordo. Estamos amenazados con años de hambre espiritual, con el triunfo de los enemigos de la Verdad, y con el ahogo, o al menos el debilitamiento, de la Voz de la Verdad, ¿y por qué? Todo porque hemos abandonado aquellas observancias religiosas a través del año que la Iglesia manda, que estamos obligados a cumplir mientras que al abandonarlas hemos dado una suerte de argumento para aquellos que han querido suprimirlas del todo”<sup>12</sup>.

Claro, tiene razón San Newman al reclamar para las celebraciones un contorno definido en su contenido. Porque lo religioso para el cristiano no es una masa amorfa de gestos y rituales en lo que dé lo mismo la fraternidad universal de corte masónico, la madre tierra de impronta pagana o María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra.

No es posible un calendario escolar sin la fe como forma, sin la Santa Fe católica, contenida en el Credo y en la genuina tradición de la Iglesia.

Si la Santa Fe permite darle remate y culmen a lo festivo, sólo ella llega al fondo del sentido y transfigura el contenido de lo recordado o el motivo del festejo por pequeño o simple que sea. Por ello es imperioso no invertir el planteo, “es el calendario escolar el que debe girar alrededor de la

<sup>11</sup> Byung-Chul Han, op. cit., p. 57

<sup>12</sup> Sermones, Tomo I, John Newman, Ágape, Buenos Aires, 2008. p. 240

liturgia”<sup>13</sup>. Y hemos de saber que “la liturgia con sus ritmos es la forma paradigmática de la fiesta”<sup>14</sup>. Si una escuela católica y sus docentes no entienden esto, el acto escolar queda reducido a una salutación pagana carente de trascendencia y lo ritual -vaciado de su savia nutritiva- se deforma progresivamente adquiriendo crecientes ribetes tragicómicos de merecedoras imitaciones paródicas.

Este desencanto fundante del cronograma escolar es para algunos un mero descuido consecuente de la mala o insuficiente formación doctrinaria, pero en trazos generales responde a un plan revolucionario que tiene por motor el odio a Cristo y a la Fe. Por eso, “en las pseudofiestas más bien se quiebra intencionalmente el hilo conductor con los orígenes y con el continuum”<sup>15</sup>. Y ¿cómo garantizamos la continuidad, como atesoramos los orígenes? Pues especialmente por medio del culto. Cómo no recurrir en esto al maestro alemán: “el núcleo y origen de la fiesta misma están tácitamente presentes en medio de la comunidad humana, hoy no en modo distinto a hace mil años: en forma de la alabanza litúrgica, realizada literalmente cada hora. En virtud de su esencia, es un acto público, una fiesta celebrada a la vista de la creación, ya sea su emplazamiento histórico la catacumba o la celda del prisionero. Y porque se mantiene incesante y sigue siendo verdad el motivo de la fiesta -la garantía divina del mundo y de la salvación humana-, se celebra en el fondo una única fiesta incesante, por lo que la diferencia entre la fiesta y día de trabajo aparece superada”<sup>16</sup>.

La catacumba, la celda...cómo no incluir entonces (con sus parecidos -que los alumnos señalarían gustosos- y sus diferencias) a la escuela, al aula, al salón de actos escolares. Y “si la celebración de la fiesta es el elemento esencial del ocio, éste adquiere su íntima posibilidad y su legitimación de la misma fuente de donde la fiesta y su celebración derivan su sentido y su íntima posibilidad. Y éste es el Culto”<sup>17</sup>.

Ahora bien, si al culto lo informa la fe, la única fe verdadera, la del Dios Creador, Redentor y Juez, la que rezamos en el Credo, la de la Santa Tradición de la Iglesia, pues tenemos aquí otra tarea para el docente: ver cuáles son las festividades que conforman el año, previsto cuidadosa y maternalmente para el bien del alma. Ya lo advertía Pío XI en su Quas primas: “Más que los solemnes documentos del magisterio eclesiástico, tiene eficacia, para formar al pueblo en las cosas de la fe y elevarlo a las alegrías interiores de la vida, las festividades anuales de los sagrados misterios”.

Por eso este mismo Papa, entre las razones para la introducción de la fiesta de Cristo Rey, la primera que da es “combatir el laicismo, peste de nuestro tiempo”. Si hace cien años el laicismo era una peste, se nos ocurren entonces pocos términos con los cuales poder definir los estragos que hoy hace este olvido de la fe y horizontalización pagana de la existencia. Vaya vigencia de la denuncia de Pío XI: “la fiesta de Cristo Rey es remedio contra el silencio vergonzoso” (habla allí de las públicas defeciones en las reuniones internacionales y en los parlamentos de aquel entonces). Claro, la Iglesia como Madre y Maestra recordaba por aquél entonces que “como el hombre consta de alma y cuerpo, de tal manera le habrán de conmover necesariamente las solemnidades externas de los días festivos, que por la variedad y hermosura de los actos litúrgicos aprenderá mejor las divinas doctrinas, y convirtiéndolas en su propio jugo y sangre, aprovechará mucho más en la vida espiritual”<sup>18</sup>.

En fin, ocio, fiesta, tradición, culto... ¡cuánto que se juega en nuestro calendario escolar!

<sup>13</sup> Caponetto Antonio, Educadores católicos III..., p. 65

<sup>14</sup> Ibidem, p. 63

<sup>15</sup> Ibidem, p. 63

<sup>16</sup> Pieper Josef, Una teoría de la fiesta. Rialp, Madrid, 1975, pp 107-108

<sup>17</sup> Leclercq Jacques y Pieper Josef, De la vida serena. Patmos, Madrid, 1953, p. 89

<sup>18</sup> Carta Encíclica Quas Primas, Pío XI

Decíamos más arriba que el calendario salva de la rutina. Es que, en rigor, es la fiesta la que salva de la rutina. Se trate de efemérides patrias, se trate de legítimas celebraciones humanas con sentido cristiano, se trate esencialmente de la celebración del misterio salvífico, las fiestas conforman el ritual necesario que hace de la vida el lugar propicio para coexistir entre la tierra y el cielo, es decir para ser un verdadero ciudadano de ambos mundos. Cuánto acierta Byung-Chul Han -quien posiblemente no se formó en el magisterio pontificio- al decir que “al tiempo le falta hoy un armazón firme. No es una casa, sino un flujo inconsistente. Se desintegra en la mera sucesión de un presente puntual. Se precipita sin interrupción. Nada le ofrece asidero. El tiempo que se precipita sin interrupción no es habitable”<sup>19</sup>.

Educar héroes y santos no debe ser instruir en la precipitación y las consignas adaptacionistas, por el contrario ha de consistir en demorar el alma en lo eterno para que el educando se encuentre ante “lo único necesario”<sup>20</sup>.

### **La fiesta eterna y la vida escolar**

*“Sólo hay fiesta donde el amor se alegra”. San Juan Crisóstomo*

La disyuntiva es vital y no permite dispersiones ni medias tintas, “no es lo mismo educar computando cifras y fechas que fiestas, ciclos litúrgicos, recuerdos hagiográficos o instantes sagrados”<sup>21</sup>. O se siembra para el Reino o desperdiciamos el tiempo en banalidades y celebraciones intrascendentes.

Gastarse y desgastarse por lograr en la Patria una, cientos, miles de escuelas católicas debe ser una forma concreta de contribución al bien común, es decir, un modo patente de practicar esa forma más alta de la caridad que es la política. Sabiendo que ante la inmersión en una crisis de fe inédita -crisis de orden religioso pero también de razón y de sentido común-, el riesgo concreto es traicionar nuestra vocación y por tanto incumplir con la tarea. Si “el hombre es un ser religioso por naturaleza y una educación atea es el más grave pecado contra natura”<sup>22</sup>, entonces privar al educando de una férrea arquitectura sapiencial que tenga en su cúspide los saberes de salvación, es privarlo del pan nutritivo de la verdad completa y jerárquica. Cuidado pues si -aun inadvertidamente a veces-, mutilamos al hombre en aquello que más lo identifica, nada menos que en su semejanza divina de conocimiento intelectual y querer libre.

Atentos, entonces, ya que podríamos estar creyendo que educamos mientras tributamos a las máximas de la modernidad. No haríamos así más que reforzar todas las deformidades del alma que tan maniatado tienen al niño y al joven de hoy. Por el contrario, “cumplimos con nuestro deber hacia la Patria en la medida que atendemos a la perfección del alma, a nuestro mejor ser”<sup>23</sup>. Y -agregaba Genta- “la Patria y la República son realmente incombustibles en el alma que está cuadrada sobre lo mejor de sí misma: la Sabiduría y las virtudes éticas...”<sup>24</sup>.

<sup>19</sup> Byung-Chul Hang, *La desaparición de los rituales*, Herder, Madrid, 2023, p. 13

<sup>20</sup> Lc 10, 38-42

<sup>21</sup> Caponetto Antonio, *Educadores católicos IV. Los aportes pedagógicos de Miguel Cruz*. Bella Vista Ediciones, Bellavista, 2022, p. 288

<sup>22</sup> Caturelli Alberto, *Reflexiones para una filosofía cristiana de la educación*. Universidad Nacional de Córdoba, 1981, p. 24

<sup>23</sup> Genta, *El filósofo y los sofistas*, p. 67

<sup>24</sup> Ibidem, p. 67

Es preciso volver a las fuentes y vincular los términos escuela y educación, aunque ciertamente no se trate aquella de la primera educadora ciertamente. Pero es urgente dar a la tarea educativa la hondura que desborda con creces la capacitación laboral o la rápida y eficiente adaptación al medio. He aquí otra idea-fuerza para la tarea docente: “cuadrar el alma sobre “lo mejor de sí misma” según consigna gentiana.

El desquicio al que compulsivamente suelen ser empujados nuestros docentes no se genera tanto por plazos burocráticos que se suceden unos tras otros (lo cual también es real y vigente) sino por el descanso negado al alma que gime por encontrarse con las razones últimas de su vida.

Allí es donde el cultivo de la inteligencia está llamado a ocupar su rol preponderante, es decir a recuperar “el sentido del ocio contemplativo, la genuina valoración de lo no laborable, la misión del descanso en la vida del hombre -ligada al reposo, al silencio, a la oración, al culto- (...). Una jornada que no cuentan los almanaques sino el Creador, misericordiosamente dispuesto a renovar en El todas las cosas. Las cosas que ocupan el espacio y las que transitan el tiempo.”<sup>25</sup>

Sin embargo, cuando dejamos el sentido fundacional de la “scholé”, y nos animamos a mirar de frente a las escuelas concretas, aparecen allí crudamente los últimos estertores del olvido de los fundamentos: una caricatura del modelo original, un puñado de meros cumplidos vaciados de todo lo esencial. Bien lo describe nuestro amigo Jorge Bosco: “Aulas despojadas de brillo, de esplendor, de misterio, de poesía, de mística; estructuras frías, rígidas: montañas de letras sin un grano de espíritu. Horas que se suceden, unas tras otras aletargando las pobres mentes y los inmóviles cuerpos de los alumnos. Docentes esclavos de una mecánica frívola, reos de la burocracia, agentes de los cronogramas, custodios de las planillas. Sin vuelo; sin música. Sin alma. “Trabajadores de la tiza”, según se definen”<sup>26</sup>.

Pero veamos más bien la doctrina positiva para que los escombros de la civilización cristiana no caigan sobre el alma para ahogarla sino para despabilirla. Darle vida al calendario escolar es mantener fresca la certeza de que lo celebrado es algo presente y palpitante. Claro, sin formación doctrinaria jamás repararemos en ello porque “la historia de las fiestas va acompañada de la historia de su significado”<sup>27</sup>. Y para encontrar ese significado es necesario estar inquietos, indagar, decidirnos a estudiar, a distinguir y a mantener alerta la memoria, que es constitutiva de la prudencia. El olvido es traición y la desmemoria programada como política de estado un verdadero delito contra ese “mejor ser del alma” por el que todo docente debe velar.

Porque de eso se trata el calendario escolar: de atesorar lo recibido, -siguiendo la encomienda apocalíptica-, de conservar lo que se tiene hasta que El vuelva (Apoc. 3, 11)

Ciertamente, esto cabe a todo católico y argentino, de modo singular. Mantener viva la tradición, recibir lo heredado, reconocerlo, mejorarlo y transmitirlo. Pero en el ámbito escolar esta tarea reviste un primordial llamado: atesorar la doctrina perenne, las buenas costumbres, los ritos antiguos, los nombres y textos clásicos.

¿Por qué decimos que esto corresponde de especial manera a la escuela? Primero, porque al ser un ámbito previsto para la vida de la inteligencia, es preciso que el alma se despierte y vigile, que la razón indague, que la fe ilumine, distinguiendo la verdad del error, para que reine en las almas y las

<sup>25</sup> Caponetto Antonio, Educadores católicos IV...p. 35

<sup>26</sup> Bosco Jorge, Pedagogía de la hermosura. Sjolé, Córdoba, 2021, pp. 79-80

<sup>27</sup> Pieper Josef, Una teoría de la fiesta..., p. 46

sociedades el esplendor del orden creado por Dios. Pero también lo decimos porque la escuela es preferencialmente ese cuerpo intermedio, ese puñado de familias que hacen la experiencia fuerte -o deberían hacerla- de búsqueda conjunta, mancomunada y perseverante del bien común. Trabajemos entonces sin fatiga para encontrar a padres e hijos, docentes y directivos, familiares y allegados detrás de las mismas alegrías -celebrando en un solo sentir- y de las mismas crues -compartiendo pesares y cansancios-. Y todo, para que la verdad y el bien se vivan en un solo espíritu, prefigurando con esperanza el prometido banquete celestial.

Una escuela es fuerte y sus festejos son profundos si tiene a flor de piel ese sentido de tradición viva que consolida sus vínculos. Bellamente dice Pieper que “la fiesta es, pues, al parecer, en un sentido muy específico, una ‘tradición’, un traditum, en el sentido más estricto de este concepto: recibido de un origen que excede al hombre para transmitirlo sin merma, a fin de ser recibido y nuevamente transmitido. Se ha dicho que en ninguna otra cosa se evidencia la vitalidad de la tradición como en la historia de la fiesta”<sup>28</sup>.

Si la escuela es ese alcázar capaz de conservar la fe recibida, de custodiarla y transmitirla revitalizada y fresca a los hijos, habrá justificado su existencia.

Y ahora sí, cerremos este breve “Nuestros...” con una última consideración.

Parece extraño y suena raro a nuestros oídos modernos, pero la escuela ha de ser un anticipo de la fiesta eterna, y por ende, un ámbito propicio para aprender a transfigurar el tiempo, a transirlo de eternidad.

Aún en medio de euforias epidérmicas o de una tristeza espiritual que no encuentra su fondo, ambos síntomas de mismas raíces, el ámbito escolar debe enseñar el verdadero núcleo de la celebración cristiana. En el fondo y en el modo, en la palabra y en la acción.

Tomarse en serio el cronograma escolar ha de tener por consigna aprender a festejar. Y así, llenarse de la “alegría festiva de abandonar el vértigo de deambular acelerado, de recuperar la vertical que tiene los pies firmes aposentados en la tierra, y una vez detenido, tras los pasos calmos, seguros y sosegados, el hombre que lo transporta hace una seña leve, como saludando el jubileo de haber redescubierto la inmortalidad a la que está llamado”<sup>29</sup>.

Sólo así, nuestra colaboración consistirá en conducir al educando para que vaya metiendo su cabeza y su corazón en las cosas esenciales, y por tanto en la eternidad. ¿Cómo se hace? Ya lo dijimos, transfigurando el tiempo. Por ello, bien hace Komar en parafrasear: “ahora está justificado que nosotros vivamos en el tiempo algo mucho mayor que el tiempo. La existencia debe ser vivificada por un conocimiento más profundo de la densidad del tiempo. Valorizar el tiempo, descubriendo mejor lo que el tiempo prepara, incita a vivir con entusiasmo. Todo lo temporal puede servirnos para la eternidad. Así se salva la existencia cotidiana, hasta la más banal, y ya no hay más vida condenada a la mediocridad”<sup>30</sup>.

Por supuesto que nos encontramos aquí ante el riesgo de la rutina. Rutina que podría conducirnos a la acedia, al aburrimiento espiritual, a la miopía esencial, en fin, al desprecio de los bienes divinos.

<sup>28</sup> Ibidem, p. 44

<sup>29</sup> Caponetto Antonio, Educadores católicos III, p. 61

<sup>30</sup> Jacques Durandeaux, *L'eternité dans la vie quotidienne*, París, Desclée, 1964, p. 215. En *El tiempo y la eternidad*, Emilio Komar, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2003, p. 396

Que no se diga de nosotros que hemos sido tibios receptores del amor divino ni que la respuesta ante la insondable vocación de educador haya sido el bostezo.

Una petición permanente, pues, una súplica incesante, una consigna para el calendario escolar que nos aguarda otra vez cada año: Señor, que no nos acostumbremos. Que no nos acostumbremos a tu amor paciente y desbordante, ni a tus planes perfectos que se manifiestan en la Creación y en Tu magnífica restauración redentora.

A El sean el honor y la gloria, por los siglos de los siglos.

*Jordán Abud*

